



LA ESCENIFICACION EN TORRES MONREAL, POESIA EN TRES DIMENSIONES*

Santiago Delgado

El hecho de que el mensaje artístico de hoy no es simple, ni formal ni sustancialmente, es un dato del mundo moderno actual, desconocerlo es tener un pie fuera de la realidad. De ahí el tópico de la crítica de consumo en vigor de que la mezcla de los distintos géneros, literarios en este caso, es una señal de los tiempos. Pero existe una mezcla de impulsos internos del arte, no de exteriores formalidades reconocibles por los dómines, que es la verdadera regla de fondo. Es la que aparece en el libro *«Escenificaciones»*, de Francisco Torres Monreal (Editora Regional de Murcia, 1987). En estas «Escenificaciones», asistimos a una visión tridimensional de los temas tratados, afortunados y vibrantes temas. El autor goza de una visión auténticamente estética de la historia que cuenta. Es, por una parte, toda la compleja parafernalia que la sabiduría escénica ha hallado en sus milenios de existencia, pero es también, y a mi entender más fundamentalmente, la palabra poética. Frente a esa visión que hemos llamado espacial, la literatura convencional juega en el plano o en la línea. Pero, sin embargo, toda esa sabiduría escénica no anula ni entorpece la almendra de la obra, que no es otra cosa que la poesía, la auténtica poesía que hace vibrar no sé qué interioridades del alma. Francisco Torres es una poeta que viste los ropajes del dramaturgo, los usos del narrador y los atisbos existenciales del filósofo; pero es, ante todo y sobre todo, poeta.

Poesía es proponer el contraste entre la inmortal voz de la *Commedia dell'arte* y el vano intento oscurantista—doloroso pero efímero— de la tiniebla denunciada en el «Guernica» de Picasso. Poesía es presentar la pasión amorosa de Calisto y Melibea como lo único que logra detener ese azoriniano tiempo de las nubes que pasan, y no rendirse ante ninguna visión ñoñamente idealizante de la atracción entre los dos mozos creados por Montalbán. La escena, repetida, de intenso y casto erotismo de los dos amantes, culmen poético de la «escenificación», queda paralelizada, sabiamente, en cuanto a logro de clímax poético para el lector, a la de ese otro entrañable y hermoso abrazo entre el Cristo y el poverello de Asís, donde asistimos al propio temblor del

autor, que no se considera, acertadamente, en mengua de dignidad dramática alguna por perder, que no ganar, distanciamiento respecto de lo que cuenta en escena. El autor se apega a su mensaje como un poeta lírico, que es, a su verso.

Francisco Torres viene de la literatura y del respeto a la palabra escrita, a su naturaleza connotada y poética. Con ello su obra gana en hondura y veracidad. Lleno está el teatro de espacios bien llenados, de alardes escénicos, de abstracciones significantes y mudas, que se comen el mensaje del autor, cuando lo hay. O, por el contrario, llenos están también, por otra parte, de una palabrería más propia de novela dialogada, o de sucesiones de monólogos alternados. En el mundo escenificado de Francisco Torres no; ahí, poesía, drama, palabra y conocimiento narratológico de los pormenores de la historia que cuenta o de la idea que expone, aparecen debida y sabiamente ordenados para manifestarnos que libertad, sencillez y limpieza de alma son los verdaderos arcanos de eso que conocemos por vida; y ello sin ningún didactismo cargante ni trasnochado, antes bien con un buen decir, un mejor plantear y un amenísimo resolver.

La colección «Textos de Alcance» de la editora Regional de Murcia ha ganado una firma de solidez «exportable», y esta tierra una confirmación más de que en ella se late con sintonía universal. El drama murciano de la inexistencia de lectores se hace, desde hoy, más doloroso e inexplicable.

* Escenificaciones de F. T. Monreal, Editora Regional de Murcia, 1987.